



IL COLORE NEL COSTRUITO STORICO. INNOVAZIONE, SPERIMENTAZIONE, APPLICAZIONE

LA ARQUITECTURA DEL MODERNISMO EN VALENCIA. FORMA Y COLOR DE LA CIUDAD BURGUESA DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XX

Angela García Codoñer, Jorge Llopis Verdú, Ana Torres Barchino, Juan Serra LLuch
Universidad Politécnica de Valencia - España

Parole chiave: Modernismo, Valencia, color, arquitectura, siglo XX

Relazione

El Modernismo se desarrolla en Valencia, al igual que hiciera en el resto de España en los últimos años del siglo XIX y primeros del XX. Se trata de una arquitectura de carácter cosmopolita, de fuerte arraigo entre la burguesía urbana dominante, y que se desarrolla sobre la estructura urbana preexistente con voluntad de transformar radicalmente su escena urbana. Así, mientras que a nivel compositivo el Modernismo se caracteriza por el respeto al orden academicista, a nivel formal este movimiento propone una tendencia a la sobre ornamentación que se encuentra en las antípodas del canon moderado del Clasicismo Académico. Se trata de evidenciar la riqueza de la burguesía a la que va destinada, que orgullosa de su fuerte enriquecimiento, se propone evidenciarlo con la fastuosa riqueza de sus residencias.

Se trata, en esencia, de un estilo que se pretende absolutamente nuevo, y que no se limita, como el Eclecticismo a adoptar a una nueva época los principios imperantes del Clasicismo tan solo superficialmente transformados.

El Modernismo: proceso de adopción en valencia de un estilo arquitectónico importado.

Cronológicamente, el Modernismo valenciano se desarrollaría entre los años 1903 y 1909, es decir, tendría una vida relativamente corta. Pero un análisis más profundo revela que su pervivencia real, si bien adulterada, es mayor. Paradójicamente, el Modernismo, originalmente elitista y culto, estilo de las burguesías acomodadas acabaría derivando en movimiento popular, mediante la exportación de los detalles ornamentales a edificios de menor escala y dedicados a las clases sociales agrícolas o de menor renta. Se trata ya de un modernismo tan solo parcialmente asimilado, que, al igual que acontecía con el Eclecticismo, ya no era portador de una lógica compositiva propia, y que se limitaba a superponer su lenguaje ornamental a edificios esencialmente clasicistas en su concepción compositiva global.

En palabras de D. Benito Goerlich: *El modernismo nació, pues, como epígono de todas las tendencias románticas del siglo XIX. Se basaba fundamentalmente en la libertad individual del artista, en la ampliación de los lenguajes estilísticos y en la renovación de las formas clásicas mediante una plena asimilación de las técnicas constructivas, de los nuevos materiales y de las artes aplicadas.*

D. Benito señala la existencia de dos generaciones sucesivas de arquitectos modernistas, formal y compositivamente diferenciados. La primera generación estaría *integrada por los primeros valencianos que cursaron estudios en la Escuela de Arquitectura de Barcelona: Francisco Mora y Manuel Peris, a los que hay que añadir al catalán Carlos Carbonell... Todos ellos obtuvieron sus títulos profesionales entre 1897 y 1898, y recibieron el influjo de los primeros arquitectos modernistas catalanes, en el ambiente de la nueva moda internacional del "Art Nouveau"; por su parte entre los años 1902 y 1904 se produciría la sucesión de esta primera generación por una segunda "compuesta por nombres como los de Vicente Sancho y Vicente Ferrer, a los que viene a añadirse de alguna manera Demetrio Ribes, de formación madrileña. En esta generación se encuentran constantes referencias a lo vienés, a Wagner y a la "Sezession" austriaca.*

De esta forma sería posible establecer un análisis secuencial de las obras modernistas erigidas en Valencia en este periodo. Sin embargo, nuestro interés radica antes en el desarrollo de un análisis formal y estilístico antes que secuencial. Desde este punto de vista, queremos destacar el hecho de que en Madrid o en Barcelona, donde las Escuelas de Arquitectura ejercían una tarea de teorización de los movimientos arquitectónicos, que permitía su relectura en términos nacionales (o nacionalistas), tal como acontece en Barcelona con el Modernismo de Domenech i Montaner o el arquitecto Gaudí, como la gran figura del modernismo que trascenderá el estilo para crear su propio lenguaje que desarrollará en importantes obras que son piezas claves en la historia del modernismo catalán y español. Por el contrario, en las capitales de provincias, como Valencia, el Modernismo importa las formas y estilos desarrollados en las dos principales ciudades de España, adaptando los gustos y estilos a los de la pequeña burguesía periférica, añadiéndoles referencias estilísticas y formales propias de cada territorio, elaborando así una “regionalización” del Modernismo que, en último término, acabará perdurando en las arquitecturas populares.

Así, si históricamente se ha establecido por la crítica la existencia de tres corrientes modernistas básicas en las ciudades españolas, es decir tres traslaciones del Modernismo internacional a las condiciones sociales y culturales españolas, será en las mismas en las que debemos rastrear las condiciones que nos permitan la catalogación de este tipo de edificios en nuestro estudio. Las tres corrientes a las que hacemos referencia son: La corriente Art Nouveau o Modernismo puro; la arquitectura de influencia Sezession, de ascendencia austriaca; y la corriente medievalizante.

La primera de estas corrientes sería la denominada como Modernista “Art Nouveau”. En el caso de la corriente Art Nouveau nos encontramos ante una arquitectura ornamentalmente muy rica, plena de formas orgánicas libres y de elementos florales. Se trata de la arquitectura más clara y plenamente conocida como modernista, y en ella tienen un peso extraordinario el empleo de materiales muy diversos y el uso de numerosas técnicas tradicionales y artesanas. Se trata, por lo tanto, de una arquitectura de extraordinaria riqueza formal y cromática, no tan solo por el empleo del color en los elementos construidos, sino por la introducción de numerosos materiales con expresión directa de sus características cromáticas y texturales.

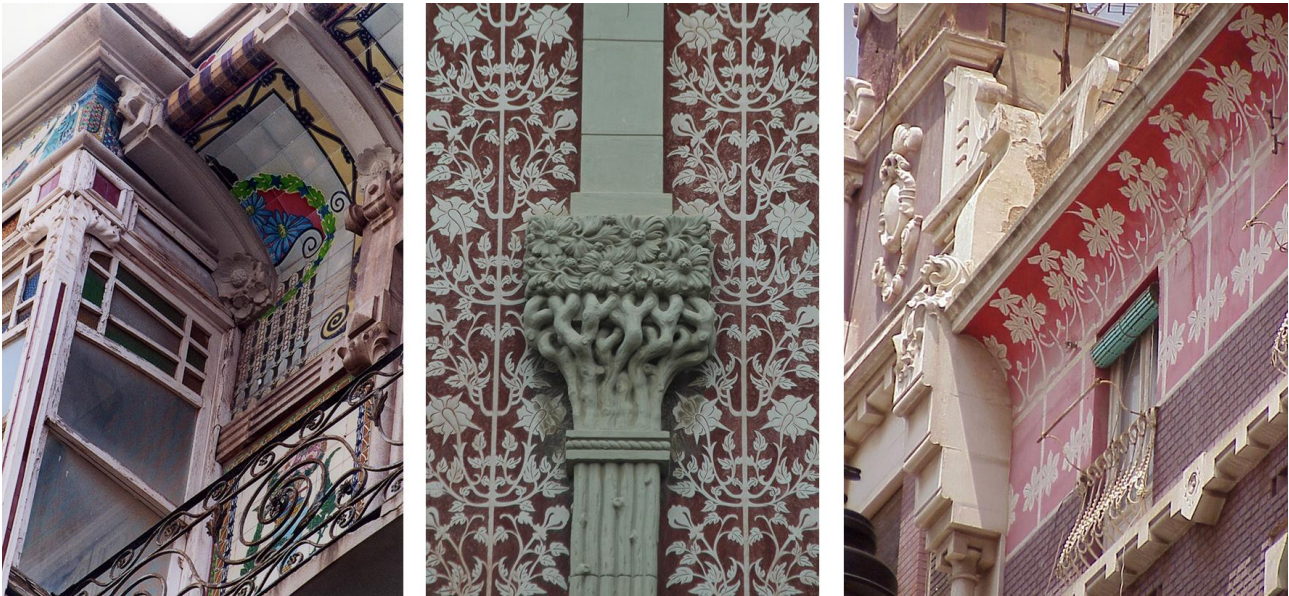
Una segunda corriente, altamente significativa en Valencia, sería la denominada Modernista Medievalista. Se trata de una traslación, más o menos directa, del medievalismo catalán, y generará obras de gran interés. Los dos autores más interesantes, cuya obra se enmarcaría en esta corriente son Francisco Mora y el ya mencionado José Manuel Cortina.

Francisco Mora Berenguer (1875-1961)) fue el autor del Pabellón Municipal de la Exposición de 1908, recientemente restaurado con la colaboración del equipo redactor de este estudio. Junto a esta obra, erigió diversas edificaciones que respetaban los criterios compositivos neogóticos ya presentes en aquella obra.

Finalmente, la última corriente usualmente descrita respecto al modernismo desarrollado en la ciudad sería la corriente Modernista Sezession. En el caso de la corriente Sezession, si bien continúa teniendo un peso importante la riqueza cromática derivada del empleo de materiales, el peso decisivo lo lleva la propia obra de edificación. Los criterios compositivos subyacentes a esta corriente dan gran importancia a las geométricas formas arquitectónicas que enmarcan y definen la composición. Y son las mismas, y tan solo en segundo término la ornamentación “añadida”, la principal responsable del tratamiento formal y cromático del edificio.

El color de la Arquitectura Modernista Valenciana

Desde el punto de vista cromático, las características de estas edificaciones se derivan directamente de este fuerte enriquecimiento ornamental. Frente a la ordenada estructura formal del Clasicismo, el Eclecticismo propone una profusión de elementos ornamentales que, ligada a la expansión de los oficios materiales, genera una arquitectura fuertemente coloreada. Se proponen edificios que emplean gamas cromáticas muy diversas, que tanto pueden derivarse del empleo de materiales diversos en la fachada (cerámica, cerrajería, ladrillo, madera...), como puede ser el fruto de la voluntad de utilizar la policromía a partir del empleo de revocos coloreados.

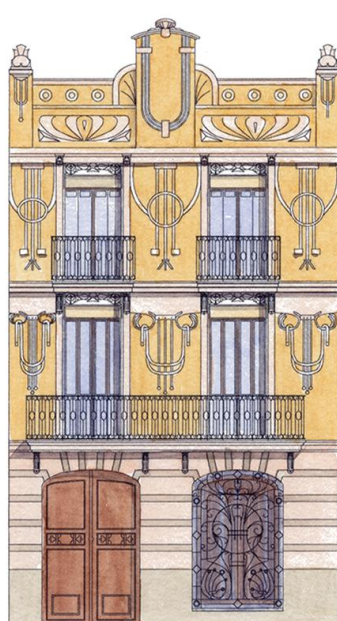


Sea como fuere, la base de la estructuración cromática de la fachada es la misma que se daba en el Clasicismo, es decir, la organización compositiva del frente urbano de la edificación a través del color. El color siempre evidencia la composición, organizándose de manera que estructura los diferentes niveles compositivos del edificio, tanto en vertical (organización tripartita de la fachada con empleo de zócalo, cuerpo principal y ático de remate), como en horizontal (con disposición simétrica de pabellones centrales y laterales).

Hay una serie de características comunes a todos los subtipos descritos. Este tipo de características comunes conllevan, por lo general, soluciones cromáticas similares; y entre las mismas cabría destacar las siguientes:

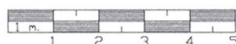
- 1) El uso de la policromía en las fachadas. Se trata de una característica general de la totalidad de los edificios incluidos dentro de esta tipología. Tanto cuando la policromía se debe al empleo combinado de materiales, como cuando es producto voluntario del uso de diferentes revocos coloreados, la fachada se estructura cromáticamente para evidenciar sus diversos niveles de composición: fondo – elementos formales compositivos – elementos ornamentales.
- 2) Uso combinado de los materiales. Se trata de una característica común a un amplio número de edificios eclécticos, si bien con diferencias acusadas entre los subtipos descritos. En general los materiales se estructuran de acuerdo a los niveles compositivos anteriormente referidos.
- 3) Fuerte tendencia a la profusión ornamental, que se deriva, en último término en una tendencia a la policromía, ya que los elementos ornamentales son susceptibles de ser tratados cromáticamente según los principios anteriormente enunciados.
- 4) Empleo de gamas cromáticas amplias en las cerrajerías, que ya no limitan su color al típico gris forja, sino que incorporan colores entonados con los de los fondos de fachada en los que se disponen.
- 5) Empleo de gamas cromáticas amplias en las carpinterías, que al igual que las cerrajerías se entonan con los fondos de fachada.
- 6) Incorporación de la cerámica como elemento ornamental de fuerte caracterización cromática.

En cuanto a las gamas cromáticas, nos encontramos ante gamas amplias, que desbordan ampliamente el uso limitado de ocre y almagras de los edificios artesanales o clasicistas, si bien en numerosas ocasiones esta amplitud se deriva ante del empleo de materiales diversos que de revocos coloreados. Lo que es de destacar es que a medida que se amplía la complejidad ornamental aumentan en paralelo las necesidades de armonización entre niveles, de manera que a la tradicional armonización cromática entre fondo y elementos compositivos se le añade la necesidad de armonizar cromáticamente el color de fondo con las galerías y las cerrajerías, y estas dos últimas entre sí.



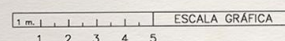
N°24

Carrer PURISIMA



N° 38

Calle de LA PAZ



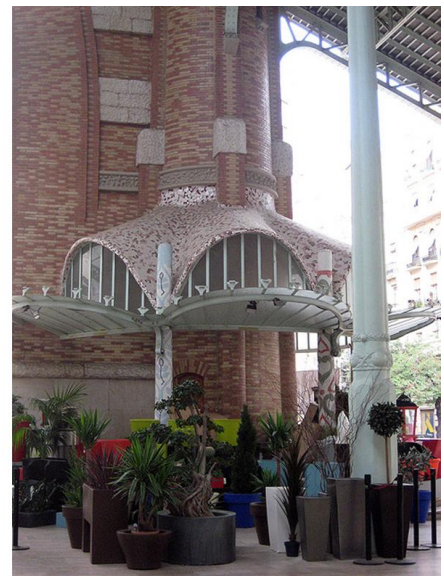
Las familias predominantes en este tipo de edificios son, según la carta cromática elaborada, son las **2'5Y – 5Y – 10 GY – 5YR**. Según la notación **MUNSELL**

En general, dentro de esta serie de familias, los colores son progresivamente más claros conforme avanza la cronología. Así, a los intensos ocre y almagras medievales, los sustituyen unas gamas cromáticas mucho más amplias, enriquecidas por revocos y morteros industrialmente pigmentados, pero en una intensidad cromática marcadamente atenuada. Pero sobre todo a las viejas fachadas medievales las sustituyen unas fachadas policromamente tratadas a partir del uso de múltiples materiales y diversas técnicas constructivas. Azulejos, maderas policromadas, ladrillo visto, piedra, forjas de diversa factura, etc. Todo ello en una estructura compositiva clásica, pero generando una imagen urbana caracterizada por la riqueza cromática y la fastuosidad visual.

La Valencia ocre y terrosa deviene en pocos años en una ciudad caracterizada por la riqueza cromática, que invade las ornamentadas fachadas de las residencias burguesas, produciéndose una transformación visual que caracteriza el nuevo centro urbano de principios del siglo XX, donde los estilos se mezclan y los lenguajes van aportando cada uno su discurso dotando a Valencia de su clásico y tradicional barroquismo, característica que trasciende a la arquitectura y se deriva a muchas de las formalizaciones que la cultura popular contiene configurando los aspectos tradicionales mas autóctonos.

Se podría decir que de un movimiento importado, un nuevo lenguaje se va configurando para recrear un estilo producido por el gusto autóctono que recoge elementos derivados de la gran tradición artesanal que contiene la ciudad, la cerámica, ornamentos de cerrajería, el tratamiento de balcones y miradores, los grandes portales con labra en madera y llamadores de bronce, se van incorporando a través de lecturas de personalidad colectiva al nuevo estilo recreándolo al gusto y la estética autóctona.

El Mercado de Colón es un buen ejemplo de todo lo que comentamos. En el centro del primer ensanche que se genera como ampliación de la ciudad en el año 1887, se construye el mercado. Le rodea una arquitectura burguesa que recoge las tendencias higienistas, la distribución urbana de manzanas achaflanadas y los grandes patios de manzana. El mercado daba respuesta funcional a la burguesía que pobló el Ensanche, que necesitaba dotarse de un mercado acorde a los nuevos tiempos y estilos. Para esta clase social emergente se construyó el mercado de Colón, actualmente pieza fundamental en la historia del modernismo de la ciudad.



La expresión de esta construcción contiene los valores estéticos del momento expresados a través de una magnífica cubierta de hierro de gran valor estético y constructivo, una variedad de materiales donde están presentes la tradición artesanal más honda de Valencia, la cerámica recreando escenas tradicionales, el ladrillo aparejado convenientemente, la cerrajería con curvas de hermosa factura,... todo ello lo ha convertido en un icono que en la actualidad, vaciado de su función inicial se ha convertido en objeto de culto arquitectónico. Si nos ocupamos especialmente en esta construcción con más detenimiento, es debido al gran protagonismo que el color tiene en este momento del lenguaje que nos ocupa. El color articula y expresa los valores estéticos e iconográficos en mayor medida que cualquier otro elemento presente en la construcción, y la recuperación de los valores cromáticos que le son propios fue en su día ejecutada de forma ejemplar.

Al final del proceso

La vida del Modernismo y de sus corrientes fue breve. A partir de la Exposición Regional y Nacional (1909-1910) se asistió al triunfo de un Eclecticismo barroquista y ampuloso por una parte, y del denominado Estilo Francés por otra, cuyo cosmopolitismo conquistó el grupo del mismo sector social que alimentaba al Modernismo. Y sin embargo la implantación del Modernismo se caracterizó por la intensidad, por el entusiasmo con que fue recibido por todas las clases sociales, desde la Alta Burguesía al principio, hasta las clases populares en sus últimas fases.

Y esta entusiasta acogida fue generalizada, pudiéndose encontrar edificaciones modernistas en casi cualquier población de la costa levantina. Por supuesto en Valencia, Alicante y, en menor medida en Castellón,

capitales de provincia. Pero también en casi cualquier población de Valencia y Murcia en la que hubiese una familia adinerada dispuesta a invertir en un estilo arquitectónico socialmente ligado a la imagen de riqueza y opulencia. Ciudades como Cartagena, Alcoy o Burriana, caracterizadas por la existencia de una industria potente y, consecuentemente, de familias burguesas adineradas, se caracterizan por la abundancia de edificios modernistas en sus calles. Y con ellos, la escena urbana se enriquecía cromáticamente, abandonando la sobriedad que caracterizaba la imagen urbana de las ciudades del Antiguo Régimen

Y cuando una nueva moda desplazó al Modernismo del gusto de la Alta Burguesía, sus formas y colores se desplazaron a las clases populares, que hicieron suyas la riqueza ornamental y la policromía. Edificaciones simplificadas pero aún brillantemente coloreadas. Desde este momento, su pervivencia, limitada a las edificaciones populares, tanto rurales como costeras, obra de artesanos y pequeños artífices manuales, ya era un Modernismo adulterado y de patrón, totalmente alejado de la libertad formal que constituyó su origen.

Y sin embargo, este Modernismo popular, sencillo, si no simplificado, ha acabado constituyendo una seña de identidad de amplios barrios de las ciudades valencianas.

Sus modestas viviendas, coloristas y formalmente abigarradas, reverberando bajo la intensa luz de los barrios marineros, son un reflejo de la vitalidad de la ciudad de Valencia, de una forma de vida plenamente mediterránea. El color que arribó a través de las cultas edificaciones del centro urbano, de las residencias burguesas de los nuevos barrios de finales del XIX y principios del XX, acabaron deviniendo en cultura popular, y acabaron por sustituir las limitadas gamas cromáticas de origen mineral de los edificios clasicistas originales.

En cierto modo puede decirse, que al final del proceso este Modernismo popular, asociado en el imaginario popular con los cuadros de Sorolla, constituye la imagen cromática de amplias barriadas populares de las ciudades valencianas, que se acuñó ya como “Modernismo popular”.

